

COMPRE UN ROLLS ROYCE BARATO

...Y muchas otras cosas en una
economía deprimida.

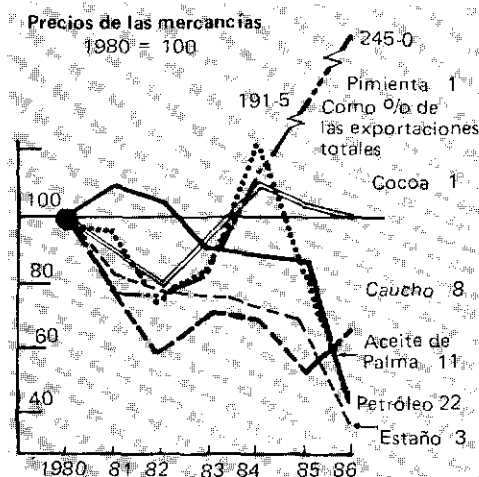
Malasia dejó de ser un país floreciente que se enriquece cada vez más. De hecho, la economía nacional de 1985 se contrajo en un 1% y la del año pasado aumentó solamente el mismo 1%. En Kuala Lumpur, la capital, el debilitamiento no se nota de inmediato. En ella existe un movimiento articulado de consumidores y una preocupación constante por el medio ambiente, lo cual indica que se trata de una sociedad que cree que sus necesidades puramente materiales están satisfechas. La ciudad parece una exposición de artículos nuevos. Los relucientes rascacielos dan la impresión de haber brotado súbitamente, como árboles exóticos, en medio de la selva. En las interminables filas de tráfico no solamente hay Proton Sagas de fabricación local, sino también más de un Mercedes y varios Rollys-Royce, cuyo impuesto de importación asciende al 300%. Sin embargo, estos rascacielos se están desocupando. Los lujosos hoteles de Kuala Lumpur están de suerte cuando están llenos a la mitad. Se puede comprar un Rolls-Royce de un año de uso, con muy poco kilometraje, por la tercera parte de su costo comercial. Las casas y apartamentos están bajando de precio, especialmente en los barrios más elegantes de las afueras de la ciudad. El negocio de las prenderías está prosperando. En los grandes centros comerciales, la temporada nunca termina, por las ofertas, a precios cada vez más ridículos, que se ofrecen al cada vez más astuto comprador.

Aunque no se trata de una ciudad arruinada, el país está contando los dólares. Los augurios son muy poco alentadores, si se miden en términos de los mercados del caucho (Malasia produce el 35% de la producción mundial) y del aceite de palma (60% de la producción mundial). El mercado del estaño (35% de la producción mundial) se vino abajo. El mercado del aceite, que le representa al país el mayor ingreso de divisas, se está debilitando. De las exportaciones nacionales, la única que se salva es la pimienta. No obstante, es posible que los productos de consumo malayos nunca vuelvan a los precios altos. Fueron pocos los que pensaron que llegaría el día en que el estaño y el caucho producidos en Malasia se convertirían en un artículo sin salida. Sin embargo, el caucho sintético ha captado dos terceras partes del mercado mundial y se han encontrado sustitutos eficaces del estaño, en parte como resultado de la excesiva ambición que demostró Malasia al tratar de manipular el mercado, en un intento por convertirlo en un metal semiprecioso.

La caída de los precios de los productos de consumo, junto con una caída del 40% del dólar con respecto al yen, atrajeron una atención indeseable sobre un país que hasta hace poco se consideraba modelo para el mundo en desarrollo. Los desastres comerciales, comunes en los últimos tiempos, no se consideran problemas financieros pasajeros y aislados, sino que se analizan morbo-

samente en busca de síntomas de enfermedad nacional.

En agosto pasado, el gobierno consiguió un empréstito de \$500 m. con bancos comerciales ingleses, japoneses, americanos y otros. Los banqueros de Kuala Lumpur utilizaron la aparente facilidad con la cual se obtuvo el préstamo como prueba de que Malasia sigue ofreciendo pocos riesgos crediticios. Así es, aunque los términos marginales del nuevo empréstito son peores de los que Malasia habría podido esperar hace uno o dos años.



Malasia no va a hundirse de un momento a otro. Está sufriendo la agonía de un debilitamiento lento. Sin embargo, no es agradable empobrecerse en un mundo donde se carece de valor si no se está en crecimiento. Los pronósticos para la clase media malaya son poco alentadores: salarios reales más bajos, menos lujos, alimentación menos atractiva, ropa que tiene que durar más y automóviles que no se pueden reemplazar. Los huecos de las vías permanecerán por más tiempo, los cortes de energía proliferarán y las cuentas no podrán pagarse.

Tomado de The Economist 31/1/87.